

ÁNGEL ROMÁN IDÍGORAS

OBISPO DE ALBACETE

CARTA PASTORAL 2025/26



«ALEGRAOS EN EL SEÑOR»



MONS. ÁNGEL ROMÁN IDÍGORAS
OBISPO DE ALBACETE

ALEGRAOS EN EL SEÑOR

CARTA PASTORAL

Curso 2025-26

Queridos hijos y hermanos:

“Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra medida la conozca todo el mundo. El Señor está cerca. Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión, en la oración y en la súplica, con acción de gracias, vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Flp 4, 4-7)

Llevamos ya cien días caminando juntos en esta aventura en la que nos ha embarcado el Señor. La experiencia que tengo es la de notarle presente en vosotros y en mil detalles por día en los que siento su mano. Su amor desbordante, signo de su fidelidad, envuelve esta historia de salvación. Por eso no puedo más que dar gracias y recordar continuamente el “Alegraos en el Señor” y agradecido, seguir poniendo nuestras vidas en sus manos para que sea su paz la que nos guíe y custodie nuestros corazones y pensamientos. La lección que recibo de estos primeros días como obispo, me lleva a no dejar nunca de mirar y contemplar Al que nos acompaña. **Y esta es la primera tarea a la que quiero invitar para que hagamos todos este curso: que contemplemos y aprendamos del Señor; pero, por todo lo que habéis compartido conmigo en estos cien días, sería bueno centrarnos no tanto en lo que Jesús hace, sino en cómo lo**

hace. Destaco algunos aspectos: Jesús no quiere trabajar solo; llama a Doce y van con Él más discípulos; los cuida, los instruye, les dedica tiempo, confía en ellos, les da protagonismo, los corrige, los acompaña, los sirve, los perdona, los quiere. Vemos también en su manera de hacer, que: Jesús es incansable en el ritmo de trabajo; ama a su pueblo y se centra en él; siente ternura y compasión; le duele el dolor de la gente; acompaña y sabe estar al lado; escucha, observa, actúa con maternidad, lava, da de comer; da consejo; vive con humildad; no busca lo material ni se busca a sí mismo: se da; se alegra, festeja, llora, tiene miedo, pide ayuda; actúa con humanidad, plenamente encarnado y plenamente consecuente con las virtudes y las limitaciones que implica nuestro ser humanos... Nos quiere “Uno” entre nosotros y con Él, y da ejemplo de unidad: no hace nada sin el Padre. Actúa con convicción y hace presente la esperanza que trae; por eso, como os decía unas líneas más arriba, se da por entero: su tiempo, su sabiduría... su vida.

REVISIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA

Este contemplar cómo actúa el Señor nos ayuda a contrastar la vida y a revisarnos de corazón en estas cuestiones de fondo que son el signo visible de que la Roca en la que nos apoyamos es Cristo y al que anunciamos es a Él. “Ubi caritas et amor, Deus ibi est” (Donde hay caridad y amor, allí está Dios). Si en nuestras raíces no está esa forma de actuar del Señor y en lugar de toda esa generosa entrega de Jesús, humana y maternal, ponemos egoísmos, bandos de nosotros y vosotros, ideologías, manipulaciones, juicios, desconfianzas... Allí no está Dios. Allí hay sólo “tripas”. Y de la tripa ya sabemos todos lo que sale... Se entiende así muy bien la cita de 1Cor 13, 1ss *“Podría hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles... tener el don de profecía y conocer todos los secretos... fe para mover montañas... repartir mis bienes entre los necesitados, entregar mi cuerpo a las llamas... Si no tengo amor, de nada me serviría”* Podemos estar con mil

proyectos llenos de “términos inclusivos” o cien mil rúbricas todas con olor a incienso: si no quiero al que está a mi lado, si le juzgo, si me hago incapaz de construir el Reino con él, si no pregunto de corazón a Dios y le escucho antes de dar un paso, todo eso es basura y lo más probable, es que sea fruto del egocentrismo o de una postura ideológica pero no del Amor de Dios.

En esta revisión que propongo (para religiosos, sacerdotes, laicos, diáconos y obispo) es bueno que seamos honestos y sinceros. Que contrastemos nuestra forma de actuar con la que Jesús tiene; que cada uno vea si ama realmente a la gente y a sus hermanos a los que sirve o si vive encerrado en lo suyo; si me entrego o vivo en la comodidad y en la justificación continua; si escucho y estoy abierto al cambio o si vivo encerrado en mí y en los que piensan como yo. Se nota rápido cómo van las cosas viendo cómo actúo: si estoy gruñón o hablo con dulzura; si me enrabieta o “cojo el cesto de las chufas y me marcho” cuando no se hacen las cosas como yo quiero; o por el contrario, trato de dialogar, entender al otro y asimilar lo que se ha dialogado. Si voy de “sobrado”, de “los guays o los intransigentes que saben todo” o vivo en humildad; si soy de fiar y tengo palabra o no la tengo; si soy distante con los demás o, por el contrario, muestro mi debilidad y mi humanidad a los hermanos; si soy capaz de trabajar con el que tengo al lado o busco a “los míos”; si actúo como empresa y no como Iglesia madre...

Si amamos, si me preocupa el otro y rezo por él, si bendigo y hago por acercarme, si ofrezco esperanza cristiana y tiendo una mano, si miro y pregunto a Jesús antes de dar un paso, si me dejo cuestionar, si valoro y aprendo del trabajo del otro, si creo un clima de confianza y alegría... Eso creo que es, en síntesis, el anhelo que me habéis manifestado cuando nos hemos ido encontrando en estos cien días de andadura.

Por eso, este año propongo que abordemos medios concretos para acercarnos al modo de actuar de Jesús y podamos seguir haciendo de nuestra Diócesis una familia que camina con alegría y unida pero no uniformada; que trabaja con el que está al lado y confía en él; que se hace consciente de lo que pasa a su alrededor, ayuda y sabe pedir ayuda.

MEDIOS CONCRETOS PARA ESTE AÑO Y MÁS ALLÁ

Cuidar la acogida y tener tiempo para escuchar a la gente en nuestras parroquias. Tendremos que repensar cómo estamos organizados y, entre todos, ver qué caminos podemos explorar; habrá que ver si tenemos que redistribuir el clero; apostar por la formación y la responsabilidad de los laicos; acercarnos y estar entre nosotros; llevar de manera especial a los más pequeños la esperanza del evangelio; buscando, además, combatir la pobreza material y la espiritual. Hago una llamada a la creatividad y a la implicación responsable de todos los bautizados. Rezar, pensar, proponer, dialogar... arriesgarse. No se trata de quejarse sólo y ver lo mal que lo hacen los otros sino de sentirnos todos protagonistas y plantearnos ¿qué puedo hacer yo “en el hacer de nosotros”? ¿Cuál es mi verdadera disposición para escribir con mis hermanos esta página de la historia de la salvación?

Vamos a dialogar el tema por arciprestazgos y en asambleas donde se pueda escuchar a todo el Pueblo de Dios y todos sintamos que somos responsables y protagonistas de la marcha de la Iglesia. No me gustaría que una vez más diéramos vueltas a las cosas y luego no concretáramos en nada. Con humildad, pero con el atrevimiento que nos da ir de la mano del Señor, vamos a caminar juntos y a dar pasos sin miedo a equivocarnos. Una Iglesia que mira adelante y ofrece; que abre horizontes, que quiere servir y dar gloria a Dios llevando la alegría del Evangelio de manera propositiva.

Ruego, tratando de dar un paso en la concreción de la petición anterior, que cuidemos especialmente la acogida en las asambleas litúrgicas y que dediquemos tiempo a la escucha. Hay veces que nos perdemos en elaborar proyectos y eso nos quita el preciado tiempo para estar al lado de nuestros hermanos. Es fundamental que todos sintamos que existimos y que importamos a los demás. Echar de menos a los hermanos cuando faltan a la celebración dominical e interesarnos por si ha pasado algo malo; preocuparnos por ellos, por su salud, su trabajo, dolores, proyectos... Dedicarles tiempo, tomar en serio su situación, alentar, orientar, celebrar, alegrarnos con ellos, levantarles, creerles... Cuidar mucho los espacios de diálogo, de comida y fiesta. Ir sin prisas... Y aprender también nosotros de ellos porque, evidentemente, todos somos necesitados. Dios nos llama a dar y recibir, a acompañar y ser acompañado. Nadie es más que nadie... ni menos.

RUEGO ESPECIALMENTE A LOS SACERDOTES

Que recemos unos por otros, nos cuidemos y nos queramos; que confiemos unos en otros sin que importe cómo y de dónde seamos; que, como apuntaba antes, acabemos con el nosotros y vosotros, bien por “tendencia eclesial”, bien por procedencia. Todos estamos dando la vida por el Señor y que eso lo valoremos. Que cuidemos los encuentros entre nosotros, los disfrutemos, los hagamos nuestros y, si fuera el caso, hagamos propuestas de cómo mejorarlos. Que los de aquí tengamos en cuenta a los que vienen a servir de fuera y tomemos conciencia de su entrega, de su generosidad, de sus soledades, de la lejanía de sus familias, de la diferencia de costumbres, de lo duro de pasar lejos de la tierra fechas o momentos señalados... Que encuentren un presbiterio que acoge.

Que los que vienen de fuera vengan con actitud de servicio total, amando la tierra y la gente a la que van a servir, adaptándose a la cultura y la mentalidad de nuestra querida Diócesis de Albacete;

viviendo con honestidad y dedicación; que os dejéis acoger y que nos enriquezcamos con las distintas experiencias pastorales y culturales de manera que, agradecidos todos, podamos convertirnos en pastores más grandes que, por vivir la comunión, sirven mejor a su pueblo.

Voy a pedir al delegado del clero que elabore un listado mensual de todo el clero y nos ponga de dos en dos para que, los que queramos, durante ese mes recemos de forma especial por el hermano que nos ha tocado y podamos incluso quedar a comer, a conocer nuestras tareas y compartir nuestras inquietudes. Si lo veis oportuno, esto se puede hacer en grupos parroquiales, en familias o en las realidades eclesiales en las que nos movamos.

Que dediquemos tiempo al sacramento de la reconciliación y al acompañamiento espiritual. Me parece fundamental que, para acompañar en profundidad, aprovechemos los medios que tenemos al alcance de nuestra mano.

El sacramento de la Reconciliación debe redescubrirse como lo que es: sacramento de misericordia y de amor desbordante de Dios a cada uno de nosotros. El sacramento de la Reconciliación no puede convertirse en un lugar oscuro de una moral casuística escrupulosa, de preguntas indiscretas y agobiante; ni en algo carente de valor porque Dios nos perdona siempre y no hay por qué confesarse. Los dos extremos son malos porque nos impiden descubrir lo que es realmente la reconciliación. Este sacramento es lugar de encuentro con Dios, con el mundo y con uno mismo. Ayuda a poner nombre a mi falta de amor, que eso es el pecado. Me hace exteriorizarlo y compartirlo para dejarme alumbrar y ayudar. Ofrece caminos de liberación. Y sobre todo, permite experimentar el abrazo gratuito de Dios que recupera, pacifica y levanta; no repudia, no juzga, no quiere la muerte del pecador. Al contrario, parte de nuestra realidad y desde ahí nos impulsa; en esto se concreta el “tanto

amó Dios al mundo que envió a su Hijo para salvarnos”

La experiencia sacramental del perdón permite que nos podamos acompañar de verdad, sin ningún tipo de imagen ni revestimiento; y podamos querernos como Dios nos quiere. Desde la realidad de lo que somos, el Señor nos invita a transformarnos (conversión) y a caminar a la Casa del Padre siempre acompañados.

La experiencia del perdón nos ayuda a sentirnos responsables de la transformación del mundo porque está en la mano de cada uno poder convertirnos. Y nuestro cambio será un paso de la renovación del mundo. También nos hace más cercanos a los demás, porque al ser perdonados, comprendemos mejor la necesidad de perdón que tenemos todos; y la paciencia de Dios vivida en uno mismo, capacita para tener más paciencia con los demás.

¡Disfrutemos de este sacramento de misericordia!

LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD

Que cuidemos la liturgia. Cuando planteo este tema estoy pensando sobre todo en acrecentar la espiritualidad que brota de la liturgia. Sobre esta cuestión, el Concilio Vaticano II nos enseña que la participación plena, consciente, activa y fructuosa en la celebración (SC 11, 14) es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano (SC 14).

En la liturgia, especialmente en la Eucaristía (LG 11; CEC 1324), la vida del creyente encuentra su origen, su centro, su alimento y el culmen de su esperanza (Cf. SC 7).

De la experiencia vital de la liturgia nace la espiritualidad que nos da unidad (Cf. Cart Ap. Desiderio Desideravi 16). También, nos

orienta a buscar la sencillez y la belleza del culto y nos permite expresar la profundidad de nuestra fe. Esto posibilita un encuentro real y verdadero con nuestro Dios y nuestros hermanos. (Cf. Cart Ap. Des. Deside. 8. 10-11). La unidad, en la expresión litúrgica, manifiesta y construye comunión. La celebración litúrgica es una manifestación muy visible de la naturaleza de la Iglesia. Según ves cómo celebra una comunidad, conoces cómo es dicha comunidad y te sientes invitado, o no, a participar en la vida de esa asamblea. Como señala el papa Francisco en su carta, anteriormente citada (núm. 31) lo que está en juego en la cuestión litúrgica no es la manifestación de distintas sensibilidades legítimas, sino la cuestión sobre la iglesia. Por eso, es tan importante que trabajemos este ruego que os hago.

Cuando planteo la liturgia como fuente de la espiritualidad, trato de evitar cuestiones ideológicas en torno a la manera de celebrar. Estas cuestiones pueden desembocar tanto en rigorismos rubricistas fríos y lejanos del pueblo, como en liturgias “desacralizadas” banales y nada elegantes, carentes de sensibilidad y de contenido trascendente. La espiritualidad litúrgica conecta la asamblea con Dios para expresar la fe en la vida de cada creyente y en la vida de la comunidad. De esta forma, la liturgia es la expresión celebrativa de la fe del pueblo y el manantial de donde brota la fuerza para dar testimonio y servir en la vida diaria.

Me parece fundamental cuidar lo que se llama el arte de celebrar. Esta expresión del magisterio pontificio, quiere expresar que, en las formas y modos, se transmite la esencia espiritual de la celebración. Esta esencia espiritual se manifiesta, como enunciaba el Concilio Vaticano II, en la noble sencillez de las acciones litúrgicas y en sus objetos (SC 34). La noble sencillez es la expresión de lo excelente de la belleza de Dios y de la fe cristiana. León XIV, en su encuentro con los participantes en el jubileo de las iglesias orientales

(14 de mayo 2025) recordó la necesidad de recuperar el sentido espiritual de la liturgia con estas palabras: Cuánta necesidad tenemos de recuperar el sentido del misterio, tan vivo en sus liturgias, que involucran a la persona humana en su totalidad, ¡cantan la belleza de la salvación y suscitan asombro por la grandeza divina que abraza la pequeñez humana!

Por tanto, me parece fundamental que cuidemos la belleza y la discreción en las formas y movimientos dentro de la acción litúrgica. Esta se debe desarrollar con una solemnidad y seriedad que estén bañadas siempre de cercanía, alegría y sencillez. En este sentido, en la celebración debemos cuidar el silencio orante y las respuestas de la asamblea, que son la primera forma de participación del fiel en la liturgia (Instrucción “*Musicam sacram*” núm. 16). Que se note la participación de la asamblea en las respuestas litúrgicas hechas con fuerza; que se vea seguridad y convencimiento en la celebración; que haya un conocimiento de lo que significa cada gesto; que se perciba la unidad de la asamblea en los diálogos litúrgicos y posturas. Es triste constatar cómo nos movemos en las asambleas como si lleváramos orejeras, sin estar pendientes de la realidad celebrativa que estamos viviendo; aislados muchas veces de la asamblea porque vivo “mi misa”; copiando sin criterio el gesto equivocado del que está al lado; o haciendo lo que hemos hecho siempre sin importarnos, por ejemplo, que toda la asamblea esté de pie mientras nosotros, yo, permanezco sentado. En muchos casos, nos falta descubrir la naturaleza comunitaria de la fe y de la celebración. Formarnos y vivir en esta espiritualidad que nace de la liturgia es necesario y clave para crecer en nuestra fraternidad; con ello, estaremos dejando que se haga presente nuestra fe, disfrutando lo que ella implica y recordando que esa fe se vive en comunión. El papa Francisco en la exhortación sobre la liturgia que hemos citado, siguiendo las enseñanzas de Romano Guardini, señaló la necesaria formación litúrgica para todos los que formamos la iglesia.

Como en todo, aquí se nos llama a la conversión personal. Se nos invita a ser generosos, a abrir el corazón, a salir de nuestras rigideces y en el fondo, a salir de los complejos que nos llevan a encerrarnos en nosotros mismos; así romperemos con lo que divide nuestras asambleas litúrgicas.

Pediremos al delegado de liturgia que nos ayude a descubrir esta fuente de vida y nos enseñe a beber de ella. Así podremos disfrutar de unas celebraciones solemnes, cercanas, vivas, de comunión, de todos, llenas de sentido y de impulso misionero.

Que valoremos y cuidemos a los sacerdotes mayores. Se trata, por un lado, de apreciar y aprender de la experiencia de quien se ha dejado la piel por el Evangelio; y, por otro, reconocer toda una vida entregada por servir al Reino de Dios.

Se trata también de dar seguridad a los hermanos que presentan mayor vulnerabilidad. La fuerza de antaño se ha ido; algunas cabezas van desconectando cables y necesitan mayor ternura y comprensión. Una Iglesia Madre y hermana no deja solos a sus hijos más necesitados. Esa atención es signo de comunión y colegialidad que fortalece los lazos de nuestra fraternidad. Nos importamos, nos queremos, nos gastamos bromas, rezamos unos por otros, nos cuidamos, nos escuchamos, les visitamos en el hospital, celebramos la misa con ellos, vamos algún día a comer a la casa sacerdotal, los invitamos a alguna salida o actividad de la parroquia... No es hacer nada especial, sino incluir en nuestro círculo sus vidas y familiarizar un trato cotidiano.

Ruego a todo el Pueblo de Dios que tengamos un hablar constructivo; que escuchemos todo aquello en lo que podamos ayudar o buscar ayuda; que huyamos de críticas, cotilleos e indiscreciones que, en el fondo, ni nos importan ni nos aporta nada saberlas. Hay

informaciones que damos o recibimos que no buscan más que hacer daño y tumbar a la persona de la que se habla sin afectarles o no ser conscientes del daño que pueden provocar a las que los escuchan. En esa manera tan común de relacionarnos, no existe amor ni misericordia. La claridad de la que muchos presumen en lo que dicen, no está reñida con la ternura y el momento adecuado a la hora de decirlo. Nosotros hemos de buscar levantar a las personas y no arrasar con los hermanos por despecho, venganza o insensibilidad. Todo esto rompe la comunión y la confianza. Y no podemos contagiarnos del espíritu del mundo porque *“nosotros somos ciudadanos del Cielo”* (Flp3, 17-20) Trabajemos la discreción y el *“hablar amando”*. *“Despojaos del hombre viejo y de su anterior modo de vida, corrompido por sus apetencias seductoras: renovaos en la mente y en el espíritu y revestíos de la nueva condición humana creada a imagen de Dios: justicia y santidad verdaderas. Por lo tanto, dejaos de mentiras, hable cada uno con verdad a su prójimo, que somos miembros unos de otros... Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen. No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final. Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad. Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo”* (Ef 4, 22-25.29-32)

La clave para avanzar en este campo es como siempre, aprender de la mirada y del corazón de nuestro buen Jesús que quiere mucho a la gente, siente compasión, les da de comer y les da la vida: invito a recordar o aprender, hacer nuestras y vivir desde este Amor de Dios, las obras de misericordia (corporales y espirituales). Sintonizaremos así con el latido de Jesús y contagiaremos su pulso a nuestros hermanos.

JUVENTUD Y SEMINARIO

Propongo hacer presente el Seminario y a los seminaristas para que podamos conocernos mutuamente y reavivar la pastoral vocacional. El Seminario es fuente de esperanza para la Iglesia. Hay una falta de respuesta a las llamadas al sacerdocio que el Señor está haciendo hoy. Esto conlleva que, por falta de número, el Seminario no pueda estar en Albacete y quede alejado no solo espacialmente, sino que está afectivamente ausente en nuestras comunidades y “fuera de juego” en nuestras actividades cotidianas de pastoral. Con el fin de que podamos promover las vocaciones, conocernos y coger identidad diocesana en esta etapa formativa tan importante, vamos a tratar de que este año vengan nuestros seminaristas todos los fines de semana a nuestra Diócesis, se incorporen a unas parroquias y puedan acercarse más a todos nosotros.

Hago una llamada a todos los jóvenes para que abran su corazón a Dios a la hora de afrontar su futuro y le pregunten “qué quieres de mí”. Responder a lo que Dios quiera de nosotros es lo que más felices nos va a hacer. Puede llamar al matrimonio. Se necesitan matrimonios cristianos que hagan presente el Amor de Dios en el mundo y que transmitan a sus hijos la esperanza y el fervor de la fe que les da herramientas insustituibles para afrontar la vida. ¡Decidle que sí al Señor! Pero no os cerréis a la llamada al sacerdocio o a la vida consagrada. Si notáis aquí la llamada, no tengáis miedo y ¡decidle también que sí al Señor!

Por otra parte, damos gracias de corazón a nuestros hermanos de Cuenca por su acogida y el servicio formativo que están haciendo con los seminaristas de nuestra Diócesis.

Trabajaremos este tema, D.m, en las jornadas de formación del clero.

VOLUNTARIADO Y MISIÓN

Propongo potenciar y avivar el voluntariado en nuestra Diócesis. El voluntariado es signo de familiaridad y de la gratuidad del Amor de Dios. Cuando uno tiene algo por suyo lo cuida y lo saca adelante. A mí me da pena que unos abuelos con hijos y nietos sean sacados a pasear por alguien que cobra por hacerlo. Si no cobrara la persona que los acompaña, no los llevaría. Me cuestiona el valor real de esos ancianos para nuestra sociedad. Y no tengo nada en contra del trabajo de cuidar y acompañar a los mayores; conozco gente que lo hace con una ternura mayor a la que pudieran mostrar algunos hijos. Sólo digo que, si no hay dinero por medio, esos “mayores” no son atendidos.

La familia la sacamos adelante con la gratuidad del esfuerzo de todos; eso es el voluntariado; y eso implica que todos tengamos que arrimar el hombro con gusto y también con sudor. Del mismo modo, una parroquia tiene que salir adelante en las necesidades cotidianas arrimando todos el hombro, con gusto y con el sudor de cada uno. Si no funciona el voluntariado, desvirtuamos lo que es una parroquia porque la veremos como algo que no es nuestro y donde primará el interés personal frente al nosotros comunitario.

Podemos decir que somos mayores o que no hay gente suficiente para cubrir las necesidades de la parroquia, el mantenimiento cotidiano... de forma voluntaria y por eso tenemos que contratar gente. Habría que analizarlo con detenimiento y tomar las decisiones oportunas en esos casos. Sin embargo, responsables, catequistas o acompañantes de proyectos de niños, adolescentes, jóvenes, matrimonios, mayores, Cáritas, coros... no pueden cobrar. La acción pastoral se convierte en un puesto de trabajo que se ocupa porque se paga. En un porcentaje altísimo de los casos, faltaría fe, eclesialidad, disposición, flexibilidad de horarios e inquietud evangelizadora; ade-

más en cuanto que saliera un puesto mejor, lo dejarían. Estaríamos hablando de derechos y deberes como trabajadores. Y esto quita también la espontaneidad de lo familiar. Considero mejor que esas tareas se dejen sin cubrir; tendríamos mucha actividad y mucho movimiento, pero estaríamos desvirtuando la misión de la Iglesia y no haciendo lo que tenemos que hacer. Eso lo hemos experimentado ya con profesores de religión que no son creyentes. Es responsabilidad de cada bautizado plantearse, con honestidad y sin justificaciones, cómo está poniendo en juego los talentos que de Dios ha recibido. Podemos dejarnos tocar el corazón por la exhortación de San Pedro *“Como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios, poned al servicio de los demás el carisma que cada uno ha recibido”* (1Pe 4, 10) o por la petición expresa de Jesús en el evangelio de Mateo *“Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios. Gratis habéis recibido, dad gratis”* (Mt 10, 8)

El tema de los liberados por necesidades pastorales es una cosa distinta. Estas personas son invitadas por la comunidad a dejar o pedir excedencia en su trabajo para poder hacer una tarea pastoral que necesita total dedicación. También hay labores que necesitan dedicación plena y que son puestos de trabajo como tal; por ejemplo, el personal del obispado, o algún técnico para proyectos que necesitan total continuidad en la dedicación de horas. Tendría que cuidarse que fueran gente creyente con una fe viva, propositiva y eclesial. Algunos estarán pensando que busco un mirlo blanco... Sé que es difícil reunir todo, pero no es lo mismo un psicólogo, un trabajador social, un administrativo, un gestor o una persona de acogida y cara al público creyente que no creyente. Y no podemos renunciar al objetivo principal que nos mueve.

Al voluntario también hay que ayudarle a crecer con una formación cristiana general y otra específica del área de voluntariado en el que ejerce. El compromiso no es cuestión de apetencia,

sino de convencimiento personal y responsabilidad con mi misión bautismal. Amar y sentir propia la realidad a la que se sirve conlleva seriedad, responsabilidad y fidelidad al compromiso adquirido y hace que salga del corazón cuidarla y hacerla crecer. San Pablo en su carta a los Gálatas nos invita a ponernos en juego *“Por tanto, mientras tenemos ocasión, hagamos el bien a todos, especialmente a la familia de fe”* (Gal 6, 10) Y con mucha más contundencia Jesús nos dice *“Vosotros sois la sal de la tierra”* (Mt 5, 13a) Y esa sal está para salar y enriquecer “el gazpacho” del mundo. No nos quedemos en el salero. ¡Dios cuenta con nosotros! ¡Vamos a ser esa sal que Dios quiere y que el mundo necesita!

Propongo que tratemos de encauzar, unir esfuerzos e iniciativas: A lo largo de estos meses, he descubierto que nuestra Diócesis es una Iglesia viva; y esto me ha henchido y alegrado el corazón. Hay un montón de parroquias y realidades eclesiales con cristianos (laicos y clero) llenos de iniciativas, generosos y un corazón que no les cabe en el pecho. Gente de fe que se esfuerza y trabaja como nadie por un amor a Dios que se concreta en el amor a los hermanos. Hay una sensibilidad especial para atender a los más pobres y desasistidos. Hay iniciativas con jóvenes, mayores, peregrinaciones, campamentos. Nos esmeramos en las fiestas y en el cuidado de nuestras tradiciones. Hay preocupación por dar respuesta a las necesidades y problemas que vamos descubriendo y se hacen propuestas concretas para avanzar. Se percibe alegría y pasión por lo que Dios ama.

Pero falta coordinación. Si nos unimos, las fuerzas se multiplican. Es verdad que podemos ir más despacio al tener que contar con el otro, y el trabajo a veces se hace más pesado, pero llegaremos más lejos y a más gente. Pensaremos juntos y actuaremos con los hermanos, para servir mejor humana y cristianamente hablando. La riqueza será mayor.

Para ello es bueno tener claro que Dios nos hace a todos instrumentos de salvación. Cada uno aportamos el talento que hemos recibido y todo irá sumando para sacar adelante la misión pastoral que hayamos planteado.

Desde este convencimiento, es fundamental que marquemos unos objetivos diocesanos para todos de tal manera que luego, cada uno, desde su delegación, parroquia, movimiento, ministerio o realidad eclesial, podamos remar hacia el mismo lado. Podrían coordinarse, por ejemplo, catequesis, familia, juventud y vocaciones; Cáritas, pastoral penitenciaria, inmigración... y los diversos proyectos, tan numerosos y preciosos, de laicos y religiosos que se están llevando a cabo en nuestra diócesis. Primer anuncio y religiosidad popular... Que cada uno eche un vistazo a su alrededor y vea con quién puede unir fuerzas de forma especial.

Las delegaciones están pensadas fundamentalmente para cuidar el ámbito pastoral que tienen asignado y sobre todo, servir a los arciprestazgos y parroquias, apoyando su trabajo y aportándoles los recursos humanos y materiales que puedan necesitar. La delegación permite que cada rincón de la Diócesis se sienta arropado e impulsado.

El diálogo con la Acción Católica, como brazo pastoral nacido del ministerio apostólico, se me hace esencial para la coordinación y organización del laicado en nuestra Diócesis. Por lo que he visto, la realidad de la Acción Católica en Albacete es muy pequeña, pero, volviendo a la importancia de su origen, creo que es bueno hacer una apuesta. De una niña nazarena que dijo sí a Dios, vemos las maravillas que hace el Señor. Y de un pastorcillo de ovejas llamado David, también sabemos lo que Dios es capaz de hacer. Os propongo participar en esta apuesta y, si Dios quiere, tendremos ahí una fuente de evangelización y comunión diocesana. Esto, por

supuesto, no excluye el apoyo a la tarea de otras realidades eclesiales nacidas del carisma de un fundador.

PROPUESTAS PASTORALES

Propongo que saquemos adelante las propuestas pastorales que se hicieron con motivo del 75 aniversario de la creación de nuestra Diócesis. Celebrar este acontecimiento es una ocasión perfecta para la comunión. Estamos orgullosos de la herencia que recibimos; alegres por tener el privilegio de ser los protagonistas que pueden vivir y disfrutar este momento; y muy conscientes de la responsabilidad que tenemos de seguir pasando el testigo de la fe. Las acciones que se plantearon fueron en cuatro campos:

Inmigración: Una Diócesis que mira siempre por los pobres y más necesitados con los ojos de Dios y sincroniza con Él su corazón. Doy gracias a Dios por esta sensibilidad tan grande que he encontrado en vosotros. Dentro de las obras de misericordia está la de dar posada al peregrino; y aquí, además, se da cobijo, comida, se lava la ropa, se arreglan papeles... El dar posada no se queda sólo en cubrir necesidades materiales o buscar una vivienda que, por cierto, cada vez está más complicado encontrarla... sino que vuestra inquietud y vuestro trabajo hacen que nuestra Diócesis sea esa posada que acoge al apaleado de la parábola del buen samaritano, dándole además de cuidado físico, dignidad, seguridad y esperanza cristiana. Todo esto es consecuencia de lo que Jesús nos ha enseñado en el Padrenuestro y que lleváis tan dentro. San Pablo recoge muy bien este sentir *“Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”* (Ef2, 19) *“Compartid las necesidades de los santos, practicad la hospitalidad”* (Rom12,13)

El Secretariado de Migraciones ha convocado a participar en una misa el 5 de octubre a las 20h en la parroquia de San José, en la ciudad de Albacete, para poner delante del Señor esta realidad que es consecuencia de tantos problemas de fondo de la sociedad en la que vivimos. Las necesidades económicas y las situaciones de inseguridad y violencia en los países de origen nos llevan a acoger, dignificar y ofrecer esperanza a los que llegan y a pedir a nuestros representantes que afronten con decisión lo que provoca tanto sufrimiento. La celebración de la misa pone esta realidad en manos de Dios, que también es su Padre. Nos da mucha paz saber que Él está a nuestro lado en medio de una situación que nos desborda de tal manera. Estamos seguros de su acción misericordiosa en nosotros y a través nuestro *“llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados, apurados, mas no desesperados; perseguidos pero no abandonados, derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo”* (2Cor4, 7-10)

Misión: Somos una diócesis con el espíritu misionero muy arraigado. Con sensibilidad y decisión para anunciar el Evangelio entre nosotros y a todo el mundo. La misión es una preocupación de Dios desde el comienzo. *“El Señor dijo a Abrán: sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré”* (Gn12,1) *“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación”* (Mc16, 15) *Su deseo de salvación es para todos “Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria”* (Is6, 3) *Y nuestra tarea es, dar el paso “Entonces escuché la voz del Señor que decía ¿a quién enviaré? ¿y quién irá por nosotros? Contesté: aquí estoy, mándame”* (Is6, 8)

En esta línea de querer hacer lo que Dios nos pide y como mejor manera de celebrar los 75 años, la Delegación de Misiones junto

con los padres Paúles va a plantear una misión popular para que todas las parroquias que quieran puedan acogerse a esta iniciativa. Es una ocasión para revitalizar nuestras vidas como cristianos y apasionar a nuestra gente de manera que podamos contagiar con alegría nuestra fe a los que están a nuestro alrededor. Se trata de que despertemos, de que experimentemos de nuevo el amor de Dios y se lo comuniquemos a los demás. Esto llevará trabajo, pero va a merecer la pena. Os invito a que os subáis al carro de esta misión. Ojalá pudiéramos hacer, con sencillez, una gran misión diocesana.

También, en este contexto de primer anuncio, se coordinarán las delegaciones de Religiosidad Popular y Misiones para organizar una Procesión Magna.

Ecología: “Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap. 21, 1) Estamos llamados a vivir en un mundo nuevo donde lo viejo ha pasado y el mal ya no existe. Y ese mundo nuevo ya no se hace, como se hizo el primero, de la nada, sino que es este mundo en el que vivimos el que está llamado a la transformación plena. La salvación abarca todo. Desde ahí leemos el texto de Pablo a los Romanos: “*La creación entera está gimiendo y sufre dolores de parto*” (Rom. 8, 22) Nosotros desde el principio tenemos ese mandato del Señor de cuidar la tierra como algo nuestro porque Él nos lo ha dado: “*Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer lo creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra*” (Gn.1, 27-28). Es impresionante cómo se unen el primer libro de la Biblia y el último cerrando así todo un proyecto de salvación. Dos palabras nos chirrían hoy. Lo de dominar y lo de someter. Dominar viene del latín dominus. Significa señor. Dios nos manda ser señores de la creación. Eso es “dominad”. Pero ser señores de la creación al estilo del Señor de la creación, que es Jesús: es el Señor que viene a cuidar y salvar, que

sirve y lava los pies, que da la vida por sus criaturas. Totalmente al cuidado y el esplendor de lo creado de tal forma que nuestra salvación es la gloria de Dios. Y es someter todo al Amor de Dios. Poner todo bajo (“sub mittere”) el Amor de Dios. Que sea ese Amor, el que resplandezca sobre todo. Por tanto, somos nosotros los responsables de que ese “parto” de la creación sea exitoso: cuidamos la creación como señores que aprenden de su Señor y ponemos ese Amor creador y vivificador de Dios por encima de todo para que todo sea fructífero y nuevo.

Desde la Comisión diocesana de Ecología Integral se ha propuesto plantar un árbol por municipio. Se pide que, si es posible, sea una carrasca. Se pretende con este gesto, concienciarnos del mandato bíblico que se nos ha hecho de ser señores de la creación como Jesús y llenarla de ese Amor de Dios.

En el contexto del 75 aniversario de la creación de la Diócesis, vivimos y damos sentido a este gesto:

- Vemos que hay raíces firmes, pero que todavía hay que crecer mucho y para ello, tenemos que cuidarnos.
- Es una ocasión de encuentro festivo y comunitario con toda la gente que quiera participar. Se convierte así el gesto en un signo visible de comunión y de fiesta.
- Pretendemos dejar un signo visible que nos recuerde que somos diócesis que camina unida: en cada municipio, una carrasca.

La Iglesia no debe dejar ningún rincón del mundo sin alumbrar con la luz del Evangelio. A nosotros nos corresponde llenar esta porción de la Diócesis de Albacete.

Junto con las raíces de la carrasca han planteado dejar una caja que guarda unos folios en los que pone: evangelio, catecismo, sacramentos, misión, acogida, acompañamiento.

Patrimonio: Los miembros de esta delegación han organizado una interesante exposición acerca de la Diócesis con el título “Bajo el signo de la Cruz”. Transcribo aquí parte de la introducción que he escrito para abrir el catálogo. Creo que puede ayudarnos a descubrir el valor profundo de dicha Exposición:

“La Cruz es el lugar en el que nuestro Dios da la Vida por todos manifestando así su Amor total e incondicional al ser humano; vivir Bajo el signo de la Cruz significa, por tanto, vivir Bajo el signo del Amor. Y así es: estamos celebrando 75 años de historia de salvación como Diócesis marcados por el Amor que Dios nos tiene. Es tiempo ahora de recuerdos, de vida y de impulso.

Con esmero y mucha delicadeza se ha preparado esta selección de obras para poder conocer y alegrarnos por la herencia recibida. No hablo sólo de legado cultural sino, sobre todo, de la estela que nos ha dejado la vida entregada de tantísimos cristianos de a pie; ellos han sido el corazón y el alma de nuestra Diócesis. Estos “hermanos mayores” fueron los Peregrinos de Esperanza que nos anunciaron la Buena Noticia a lo largo de este tiempo; su testimonio y su palabra han hecho posible que el mensaje del Evangelio llegue hasta nosotros. Damos gracias a Dios por ellos, por su búsqueda y su confianza en Dios, por su fidelidad, su creatividad y su entrega”

En esta exposición, se nos da una visión general de la riqueza cultural y humana de la porción de tierra que el Señor nos ha encomendado para cuidar y evangelizar. No dejéis de visitarla. Será ocasión para la contemplación, la gratitud, crecer en conocimiento y fortalecer la comunión.

Se realizará también, D.m, un vídeo recogiendo pasado y presente de una Diócesis que mira siempre al futuro.

Doy gracias a Dios por estas iniciativas que manifiestan un amor profundo a la Diócesis. Doy también gracias a cada uno de los que están preparando estos acontecimientos; por su esfuerzo y la ilusión que están poniendo en sacarlos adelante. ¡Eso contagia! Y con esa actitud debemos caminar.

A MODO DE CONCLUSIÓN Y SÍNTESIS

Estamos viviendo un momento apasionante lleno de vida y oportunidades en el que se nos invita a que, como Iglesia, hagamos lo que tenemos que hacer: anunciar el Evangelio. Para ello, la llamada que se nos hace es a mirar hacia adelante. Una Iglesia orante maternal y misericordiosa que acompaña, festeja, celebra, escucha, propone, afronta, resuelve, alienta, trabaja y abre horizontes. No podemos caer en el engaño de quedarnos parados, como los toros en la lidia, mirando el capote que les ponen para luego descabellarles. Ese capote puede ser cualquier cosa que nos paraliza, nos divide o nos despista de lo que Dios nos pide. Él quiere que vivamos y formemos una Iglesia viva que dé vida. Vamos a poner nombre a esos “capotes” y dejar de mirarlos para poner los ojos en quien tenemos que ponerlos y dejarnos guiar por Él.

Es momento de ponernos cada uno delante del Señor para renovar nuestra llamada y decirle un Sí con humildad pero con mayúsculas. Y desde este Sí, trabajar los objetivos que nos hemos marcado este año de fraternidad y comunión. Desde aquí, podemos dar esos pasos tan necesarios de trabajar juntos y en confianza. Vamos a poner todo de nuestra parte y a dejar que sea Dios el que dé los frutos que ahora pueden parecernos imposibles. Para Él nada es imposible (Lc. 1, 37). A nosotros se nos invita a hacer carne esta

frase del evangelio de San Mateo: “En verdad os digo que si no os convertís y os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt. 18, 3) Recuperar la confianza en el Padre y vivir en esa segunda inocencia de querer fiarnos y creer que es posible el plan de Dios. Sabemos que hay muchas dificultades, pero nosotros, en Sus Manos, optamos y nos entregamos con alegría a su apuesta de salvación para construir y disfrutar desde ya de lo que esperamos.

Esta ilusión y esta confianza apoyadas en el Señor, cambian el mundo. Es la mejor manera de que, en este año jubilar y siempre, seamos verdaderos Peregrinos de Esperanza. Vivimos lo que creemos y caminamos como esperamos. Hacemos las cosas por Quien las hacemos. Y este convencimiento pone en marcha, une, perdona y evita caer en muchas tentaciones que nos quieren romper, enfrentar y matar la esperanza.

Soy consciente de que lo que planteo en estas letras no es algo para un año, sino que es un trabajo para toda la vida. Por eso hay realidades y dimensiones pastorales como las que señalo en esta carta pastoral, y otras, que iremos trabajando en concreto y poco a poco. Pero todo tratará de quedar envuelto en estos dos objetivos fundamentales que nos planteamos. Son objetivos para el curso y espero que estén presentes toda la vida y en todos los ámbitos en los que nos movamos:

- Trabajar la comunión y la fraternidad.
- Fortalecer la alegría de nuestra misión bautismal en la concreción de la llamada que el Señor nos ha hecho.

He disfrutado mucho escribiendo estas letras. Ha supuesto tenernos muy presentes en todo momento y pararme para recoger los ecos de vuestras peticiones y deseos. Os agradezco la sinceridad y la sencillez con la que os habéis dirigido a mí.

Aunque la tarea de ser obispo me queda grande, estoy totalmente confiado en el trabajo que Dios va a hacer a través de cada uno de nosotros. Quiero caminar al lado de cada uno tratando de cumplir la misión que Dios me encomienda de ser padre y hermano de comunión y aliento; de escucha y discernimiento; de misericordia y esperanza; de fortaleza y alegría en el Señor. Para ello, pido, por favor, que recéis por mí y recemos unos por otros. Esa oración nos fortalece y nos sostiene.

Acabo estas líneas con un recuerdo y una oración especial para nuestra gente de Letur. Agradezco y felicito a Ignacio Requena y en él a toda la comunidad, por su fidelidad en la tempestad; su acompañamiento y su saber llevar la esperanza del Evangelio en esos momentos de tanto desastre y tanto dolor. Gracias porque en vuestra pequeñez habéis dejado que el Señor haga obras grandes. Y, además de reconstruir casas y parques con el resto de fuerzas de la sociedad, estáis recuperando para la vida, corazones ahogados en vida por la Dana.

Agradezco y felicito también a Julián Ros, y en él a toda la Diócesis, el trabajo que habéis hecho en este tiempo de sede vacante. Me ha recibido un Albacete lleno de vida y de ganas de futuro. Doy gracias a Dios.

Invito a que sigamos todos juntos en ese mismo espíritu de amar a la gente que servimos, de cuidar la acogida y la cercanía a todos; con un corazón de carne al que le duele el dolor del mundo y se implica en los gozos y las tristezas de su gente como fermento en la masa.

Caminemos en comunión y con alegría sabiendo que, como hemos dicho, la Roca es el Señor. Nosotros sabemos que ninguno somos imprescindibles; pero también sabemos que cada uno somos necesarios y complementarios del otro.

Dejo como anexo un pequeño artículo que escribí para La Buena Noticia, periódico que se publica en la parroquia de Ntra. Sra. del Rosario de Torrejón de Ardoz, titulado “¿Por qué gracias? ¿Por qué por favor?” De forma sencilla, creo que también puede ayudarnos a cumplir estos objetivos que nos hemos marcado.

Albacete, 10 de agosto de 2025



✠ Ángel Román Idígoras
Obispo de Albacete

ANEXO

¿POR QUÉ “GRACIAS”? ¿POR QUÉ “POR FAVOR”?

Estas dos expresiones del lenguaje tienen el peligro de caer en dos extremos: bien el de decirlas por decirlas, por mera costumbre de educación; bien el de expulsarlas de nuestro vocabulario habitual.

Quiero, en este ámbito de nuestro periódico, La Buena Noticia, cargar de contenido estos conceptos, que, vividos de fondo, nos van a ayudar a vivir el Evangelio y a ser también nosotros Buena Noticia.

Si yo soy consciente del “por favor” cuando pido algo, estoy apelando de forma sencilla a la libertad del otro, a la gratuidad de su acción y a la grandeza de que, si el “favor” se hace, estoy siendo atendido y servido por la otra persona. Esto engrandece al que hace el “favor” y dignifica al que lo pide.

Y fruto de esto, brotan las “gracias”. ¡Claro que sí! Lo has hecho porque has querido y, porque en esa acción cotidiana y sencilla (por ejemplo, de pasarme el pan o acercarme las zapatillas), me has querido y me has tenido en cuenta... Y doy, de verdad y de corazón, las gracias.

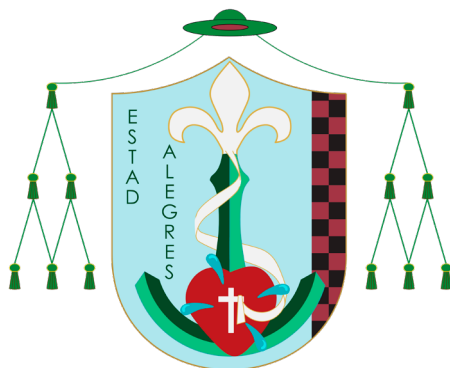
¡Cómo cambia la perspectiva de la vida! De verme con derechos solo, de pedir las cosas como si el otro fuera mi servidor, a dejarme servir desde la libertad del otro.

¿Os dais cuenta de cómo nos jugamos el valor de la vida en cosas pequeñas? Y quien se da cuenta de la grandeza de cada cosa pequeña, ¿cómo no va a ser sensible a lo grande? Su corazón estará totalmente en forma para captar la maravilla de la vida en los momentos cotidianos y en los extraordinarios. Así pasamos de la queja, a la acción de gracias; del aislamiento, a sentirnos unos privilegiados por cada cosa que “por favor”, y sin tener por qué hacernos, nos hacen. Nuestro corazón será luminoso y agradecido y se

habrá capacitado además, para actuar según la voluntad de Dios: con gratitud. Y, tan sencillamente, seremos Evangelio, Buena Noticia en nuestro mundo.

Por favor, revisemos nuestra vida y nuestro trato con los más cercanos (y los más lejanos) desde esta reflexión. Y, por adelantado, gracias por la simple intención de querer dar pasos. De verdad, que esa delicadeza cotidiana llena de contenido, es lo que cambia el mundo y hace la vida realmente apasionante.

+Ángel



GAUDETE IN DOMINO



Diócesis
Albacete